

EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

SUSCRICION MENSUAL:

60 centésimos

ADMINISTRACION, COLONIA-93

SALE TODOS LOS DOMINGOS

TIENE EDITOR RESPONSABLE

NÚMERO SUELTO:

16 centésimos



VARIEDADES

La corona de la gloria

—
DON JOSÉ ECHEGARAY
—

Si la ciencia crítica es, como dicen algunos, de las mas vastas y trascendentales, y de las que mayor grado de adelantamiento han alcanzado en el siglo XIX, precisa, aunque dolorosa, es la confesion siguiente: que en España es bien pobre cosa esa que se engalana con el pomposo título de crítica dramática.

Negar en absoluto que existan ingenios superiores, grandes capacidades é ilustraciones dedicadas al cultivo de la crítica, sería error; pero desconocer que fuera de escasas, si bien honrosas excepciones, los móviles mas mezquinos son los que inspiran las plumas que de la crítica se ocupan, fuera demencia.

Es un hecho constante, en la historia de la humanidad, que allí donde surge el génio, allí brota la pasion de la envidia en sus mas repugnantes manifestaciones; allí donde hay algo superior, algo sobrenatural, algo, en fin, que no alcanzan á comprender los entendimientos vulgares, levántase cruzada, imponente al parecer, pero raquítea é innoble en el fondo, que atropellando por encima de todo criterio sensato y razonable, y endiosándose en su inconcebible soberbia, pronuncia un fallo á su juicio decisivo, haciendo la absoluta deducción siguiente: *Yo no entiendo esto, ni esto me gusta: luego esto es malo.*

Por otra parte, quien recuerde que el autor del *Quijote*, que el inmortal Cervantes, á quien hoy tributamos cumplida justicia, vivió entre sus contemporáneos vida de amarguras y de penalidades sin cuento; quien reflexione que nuestro gran Alarcón, gloria inmarcesible de la española escena, fué en sus dias el blanco de los envenenados dardos de las eminencias de aquella época; quien piense en todo esto, no extrañará

que la generacion presente deje á la de mañana la tarea de ensalzar y colocar junto á los cielos, bellezas que hoy está saboreando, y que sin embargo tan indebidamente aprecia.

Ejemplo elocuente de las consideraciones que brevemente acabamos de esponer, es esa revolucion ruidosa, esa conmocion profunda que el nombre del señor Echegaray ha dejado sentir en la república de las letras.

¡Condicion ingénita del mérito verdadero! Su aparicion parece como que afila el desatentado diente de la ignorancia; como que encona la impotencia del vulgo que se limita á gritar desafortadamente pidiendo la muerte y el exterminio del redentor, pero tras ese calvario, tras ese martirio aguardan palmas y laureles, espera el mejor de los galardones, la sancion popular, el aplauso ferviente del mundo entero.

El estado de nuestro teatro era un estado de agonía lenta y angustiosa; veíase algun destello, alguna ligerísima ráfaga brillaba para volver muy pronto á la mas lamentable postracion; de un lado ese género híbrido, llamado zarzuela, acogido con inexplicable entusiasmo por la mayoría inmensa de nuestros públicos; de otro, el género cómico, rebajado á la mayor de las degradaciones, y sobre todo, un afan inmoderado de dar carta de naturaleza en España á las producciones francesas, procedimiento que daba por lo pronto, y dá por resultado, quitar todo el encanto al original y toda la vis cómica á costumbres de suyo tan distintas á las nuestras, á caracteres con tan esenciales diferencias.

Tal era á grandes rasgos la ruina y desolacion á que se veía reducido el que fué un tiempo alcázar magnífico, fuente inagotable cuyas encantadas y purísimas aguas bebieron un dia los mas insignes escritores dramáticos de la Europa entera.

Estaba muy cerca el momento en que, con lágrimas en los ojos, íbamos á asistir á esos funerales, y en que iba á aparecer una lápida, cuya inscripcion dijera: *Aquí fué el teatro español contemporáneo.* No ha sido así, por fortuna y di-

cha nuestra: como en medio de la deshecha tempestad brota el rayo; como en el desencadenado huracan ruge el trueno, y como tras la sombría y tenebrosa noche brilla el sol radiante y esplendente, así un genio poderoso, un talento colosal, una vena vigorosa é inagotable, y una poesía sublime y subyugadora, encarnan en un hombre, que, como el Criador, levanta del polvo, resucita, engalana y eleva el teatro á sus mejores tiempos de engrandecimiento y de valía; privilegio glorioso reservado solo á esos portentos que tan de tarde en tarde aparecen sobre la superficie del planeta que habitamos! Empieza á manifestar su grande aptitud de poeta dramático, en un ensayo ligero, pero bellissimo como *El libro talonario*; sigue la senda de su carrera, creando un idilio de amor y de ternura, que no otra cosa es *La esposa del vengador*; describe luego con la pluma empapada en experiencia y en dolor *La última noche*, obra en que de mano maestra se retratan caracteres que vemos todos los dias, que en todas partes encontramos, y que son á los ojos de la actual sociedad ejemplos dignos, sin duda, porque saben hacer su papel, que se reduce á engañar á sus semejantes.

De allí, como descanso ó respiro á una empresa angustiosa, se eleva Echegaray al poema; y cuando dá al público *En el puño de la espada*, este se sobrecoge, se conmueve, y admira; no sabe á qué hacer el objetivo predilecto de su entusiasmo, si al plan tenebroso y altamente dramático de la obra, ó á la flúida y magnífica versificación con cuyo ropaje está adornada.

Escribe luego *El sol que nace y el sol que muere*, donde acredita la universalidad de su talento; hace *El gladiador de Ravena*, como ensayo en el género trágico, y por fin, concibe el atrevido pensamiento de hacer la autopsia de la sociedad actual, y esa la realiza con inusitado acierto, con la seguridad del mas afamado anatómico, en su penúltima obra *Cómo empieza y cómo acaba*.

Si el espacio y lugar en que me hallo diciera tiempo á molestar más la distinguida atención que me favorece, mucho diría, á mi manera, de esas obras; que cada una de ellas necesita estudio detenido, reflexión profunda y, sobre todo, notable buena fé.

Cuando se creía que estaba exhausta esa imaginación dramática inagotable, que no era posible en ella nada mas trágico ni mas catastrófico, entonces hace un alarde espontáneo y fácil, y arroja al rostro de nuestra sociedad su último drama, *Ó locura ó santidad*, concepción atrevida, engendro admirable á que han pres-

tado concurso la fría y calculadora razón, el sentimentalismo y la ternura mas delicados.

No es posible, ni de ello se trata, analizar ni hacer juicios de estas obras, si el consignar lo que vale y significa ya el ilustre nombre del Sr. Echegaray.

Sentir como españoles el júbilo y el orgullo de ver despertar á un genio tan gigante en nuestra escena, es por lo ménos patriótico.

[Bendito sea quien dá al teatro español el rango que de derecho ha ocupado en anteriores tiempos!

Quien tal procura, quien tal realiza, es digno del aplauso universal y de ceñir á sus sienas la corona de la gloria.

Benito M. de la Vega

Cádiz, Marzo de 1877.

Entre telones

SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA

(Véase el número anterior)

La escena tiene lugar en alguna parte

(Sala arreglada regularmente. Sobre una mesa hay un tabuco, un espadon y una caja de habanos. Es de noche. . . . y sin embargo no llueve).

ESCENA ÚNICA

César, Veleta y Rigoletto

(*El primero fumando y tendido sobre un sofá, el segundo con un cenizero en la mano, y el último jugando con los cascabeles*)

Rigoletto—(A *Veleta*). Ya te largaste con una cita histórica. Pero aquí no se trata de ninguna patriarrea sino de un escritorzuelo calumniado.

César—(Formal) Silencio! Despues que concluya *Veleta* empezará vd. á *menear taba s'vous plé* como dicen los franceses. (Cuánto se aprende en ciertas posiciones!) Silencio, *Rigoletto*.

Veleta—(con risita socarrona) Hasta V. E. sin querer le dá el apodo. Lo dicho, es la escena del *Patriarca del Turia*.

Rigoletto—(Con sorna) Ese patriarca era del tiempo de los Judíos? Creo que solamente entonces habia patriarreas.

César—(Con aire de suficiencia) No tal; yo he

hizo en los periódicos que en Constantinopla hay un patriarca, otro en Alejandria y otro en Jerusalem.

Veleta—¿Y V. E. se olvida del que hay en España? Los españoles tienen un patriarca de las Indias, aunque el título es puramente honorífico.

Rigoletto—Si es por eso, vos, según *disques*, pasas la vida de un patriarca; y también al frente Pio nono lo consideran las beatas patriarcas de los fieles cristianos. Levantó ese trompo en las uñas.

César—(aparte)—Esto de uñas me suena mal.

Veleta—(Santiguándose)—Jesus, Dios mio, Virgen santísima, cómo habla este incrédulo de nuestro Beatísimo Padre, el Vicario de Cristo en la tierra! Perdonad la blasfemia, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob! (Se dá golpes de pecho).

César—(Aparte) Dios de Isaac! Si este pájaro se referirá á Tezanos? Y en qué momentos!.....

Rigoletto—(A *Veleta*)—Dejáte de beaterías; mira que te conozco muy bien.

César—(con gravedad fingida) No haga vd. mofa de S. S. el Papa ni de la religion, *Rigoletto*. Respetemos las creencias de todo el mundo. Y no vuelva á interrumpir al señor, (por *Veleta*) que dos burros no pueden hablar al mismo tiempo. Continúe vd. la historia del Patriarca del Turia.

Veleta—Continuaré. En la primer escena de ese drama, se le presenta á un Alcalde un tal Berrueco, á quien todo el pueblo daba el mote de Cascabeles. Pero escuche V. E. el pasaje:

Berrueco soy—todo el pueblo
Sabe que Berrueco Sanchez
Fué el padre que á mí me hubo
En la Berrueca mi madre.
Dan á todos los Berruecos
Cascabeles en nombrarles.
Cascabeles fué mi abuelo,
Cascabeles fué mi padre,
Y Cascabeles me llaman
Con mengua de mi linaje.

Rigoletto—Pues entónces habia causas para que el pueblo le llamara Cascabeles.

César—No interrumpa, *Rigoletto*. Ah! disculpe: Lotas quisé decir.

Rigoletto—Dejáte de cantar, *silguero*.

Veleta—Después que Berrueco Sanchez expone su queja, pide al Alcalde que dé una *pre-mática* mandando que le llamen Berrueco y no Cascabeles. El Alcalde, que era tan topo como la mayor parte de los nuestros, y se aconsejaba de un Timoneda, como V. E. suele aconsejarse de mí en algunas ocasiones.....

César—(Furioso y á gritos) Yo? Y se atreve vd. á decirme en mi cara? Con qué yo me aconsejo de vd?

Veleta—(temblando como una vara verde) Mil perdones, Excelencia; eso lo propalan algunos enemigos, pero no es verdad—lo dije impensadamente (Qué nudo tengo en la garganta!)

César—(mas tranquilo) Mucho cuidado con ser largo de lengua, eh? Que no se le vaya la mula otra vez (Qué julepe ha llevado el viejo!) Ya lo sabe.

Veleta—(Trémulo todavía) Sí, señor.... lo sé.... sí.... señor.... pero no ensucie la alfombra con.... con la ceniza (Se limpia el sudor del rostro y le presenta el cenizero).

César—(aparte) Qué jabon! (En voz alta) Con qué se corre por ahí que vd. me aconseja? Pues no faltaba mas.

Rigoletto—Todavía si dijeran que te aconsejabas de mí, ya era diferente. Vos hacés cosas que parecen mias.... por lo acertadas, enténdés? También yo he nacido para ser un gran hombre de Estado.

Veleta—(aparte y recobrando su sangre fria) Si me pareció que iba á comerme. Qué mirada me echó el hombre! Gracias, Dios mio, que me has salvado de este amargo trance. (Besa á hurtadillas un escapulario) Oh! escapulario bendito!

César—(Á *Rigoletto*)—Tú piensas que has nacido para ser un gran hombre de Estado? (Sonriéndose con ironía) Tú has nacido para ser lo que crees—un loco.... de juicio; y al que naee barrigon es en balde que lo fajen. Continúe vd. señor *Veleta*.

Veleta—(aparte) Con el susto ni sé lo que decía.

(Como recordando)—Decía que el Alcalde solicita un consejo de Timoneda; y este le habla así á Berrueco:

Cascabeles, vé tranquilo,
Yo haré que no te lo llamen.

A lo que contesta Cascabeles:

Bien, á fé de Cascabeles,
Que así justicia se hace.

De lo cual resulta que Berrueco Sanchez, en fuerza de oirse decir Cascabeles, concluye por darse ese apodo, precisamente cuando acaba de obtener del Alcalde la promesa de que lo haria llamar por su nombre y apellido verdaderos. A Lotas le acontece lo mismo; como tenemos la costumbre de *Rigoletearlo*, hasta él en ocasiones se califica de *Rigoletto*.... y eso aun después que V. E. ha ordenado que no se le dé mas nombre que el de Lotas.

Cesar—(Conteniendo la risa) Es verdad—la costumbre es una segunda naturaleza, y creo que esto lo ha escrito un sábio.

Veleta—Sí, señor—Así es que V. E., Lotas y yo, hacemos lo del Alcalde, Berrueco y Timoneda. ¿Y cómo no hemos de hacerlo V. E. y yo, cuando este (por *Rigoletto*) parodia muchas veces al viejo Pelayo?

Rigoletto—(Amenazando con los cascabeles). Qué decís, ché; me estás comparando con el loco Mosqueira?

Veleta—(dejando caer las palabras una á una). No recuerda V. E. al viejo Pelayo? Este loco, siempre que los pilluelos pasaban por su lado sin decirle nada, se ponía á vociferar:—Muchachos, ya no me gritan viejo Pelayo, viejo Pelayo, ladrón de zapallo? Pues Lotas lo imita, sí señor. Cuando los amigos pasan dos días no dándole más que su nombre de bautismo, esto es, Lotas, él mismo exclama, con tono de reconvenccion—Hola; ya no me dicen *Rigoletto*?

Rigoletto—Verás que soba te voy á pegar lo que me llegue el turno. Aprontá el lomo, que ya me pagarás el cuento.

César—Basta de alusiones personales. Además recuerde vd. que *Veleta* ha tomado la palabra por los dos.

Veleta—En virtud de todo lo que he expuesto, pido que la autoridad reprima los abusos de ese periódico insolente. Estoy seguro que esto será aprobado por los hombres imparciales.

Rigoletto—No se debe permitir mas publicacion dominguera que una—la que siempre nos aplaude y nos encomia.

Veleta—Ese es un órgano nuestro, y apoyo, por lo tanto, la indicacion de Lotas.

Rigoletto—Yo estoy suscrito desde la aparicion de ese culto, satírico y chistoso semanario. Es el único que nos conviene, el único que honra la prensa festiva nacional. En cuanto á *El Negro Timoteo*, ya que no muere por falta de suscritores, que muera por medio de un *ukase*. Encontré la palabra. Si yo merecía ser Ministro!

Veleta—Así se cortan por lo sano los atrevimientos de ese inmundo pasquin.

Rigoletto—Y si no te ha decidido la prosa de *Veleta*, te decidirá mi poesia. Yo quiero probar al señor (indica á *Veleta*) que tambien hago versos.

Veleta (aparte) Sí, como los que publicaba *El Eco del Corazon*.

César—(paseándose) Haré por disimular la risa. Me gusta la escena.

Rigoletto—(Tomando el trabuco y apuntando con él á *Veleta*) Esta arma me servirá de lira. No te asustés; está descargado el naranjero.

Veleta—No me apunte, amigo Lotas; mire que el diablo las carga.

César—(aparte)—Si se me muriese este loco, con quién lo reemplazaria? Ni con Maciel y Sostoa.

Rigoletto—(sentándose y sirviéndose del trabuco á guisa de guitarra) Atencion que voy á cantar.

El papelucho *Negro Timoteo*

Que es la discordia de Montevideo,

Me ha tomado por delante

Y yo le sirvo de titeo

Hace burla de mi individuo, me pone notas,

En vez de jugar con Lotas,

No entretenerse ese papelucho tunante

Jugando con el conocido, popular y poético
(consonante)

Veleta—(interrumpiendo) Uf! que feo, que feo!

César—Se refiere vd. al consonante?

Veleta—No señor; me refiero á la poesia de Lotas, que se parece á la oda aquella de que habla Larra en una carta dirigida á un tal don Clemente Diaz. La oda terminaba así:

Y era tan fuerte el viento

Que se apagaban las hachas de los
que por purísima devocion iban alumbrando al
Santísimo Sacramento.

Rigoletto—Yo te voy á dar hachas á vos. Ya verás que vela te aguarda. Sino te gustan esos versos, cantaré otros mejores, escuchá. . . .

César—(aparte) Ah! si se me muriese este loco. Qué inmensa pérdida, que inllenable vacio!

Rigoletto—(golpeando el trabuco y haciendo sonar los cascabeles)

Pido que al redactor de *El Negro Timoteo*,

A ese maldito redactor,

Se le ponga un tapon de marca mayor;

Este es mi deseo.

Pues al fin y al cabo ese papelucho

Por lo chico no sirve ni para envolver cartuchos,

Sino para insultar con *paporretas*

A vos, á mí, y á este viejo trompeta.

He di..... i..... icho

Ahora que conteste el bicho.

(Tira el trabuco y *Veleta* dá un salto.—*César* ya no puede contener la risa)

Veleta y *Rigoletto*—Una resolucion, una resolucion.

César—(apretándose la barriga y arrojando una carcajada) Voy á deliberar. . . . Esperen vds. un momento (Se vá)

Rigoletto y *Veleta*—(haciendo visajes) Ahon sí que nos ha fumado.

(CAE EL TELON)

Efectos de una funcion de circo

Señor don Juan de las Antiparras.

Palmira

Montevideo, Junio de 1877

Ilustrísimo granjero:

El Jueves tuvo lugar en el Circo 18 de Julio una representacion extraordinaria á beneficio de la Sociedad Tipográfica Montevideana, cuyo caudal, como te lo anuncié oportunamente, hizo flux un indigno tesorero.

Los artistas se desempeñaron á cual mejor, amigo Juan, ante una numerosa concurrencia; de modo que con el producto de la funcion, ya tiene como ir llenando la sociedad tipográfica el vacio dejado en su tesoro por el fugitivo cajero.

A propósito; si le topas por ahí dile que agregue á su apellido el que lleva un diplomático del Rio de la Plata, muy popular por sus arreglos de límites y sus desarreglos de uñas. La *fazenda* del tesorero y las *proezas* del diplomático son hijas del mismo padre—un señor Caco—de tu particular relacion; y no es justo que siendo ámbos campeones hermanos. . . por las uñas, tengan un apellido diferente.

La funcion estuvo inmejorable; pero mi objeto principal no es hablarte de ella, ni de los artistas, ni de las gratas impresiones experimentadas por el público, segun lo demostraba el semblante de los concurrentes.

Mi objeto es darte á conocer los pensamientos que me asaltaron durante la representacion, y contarte un sueño que tuve á causa de las reflexiones hechas con motivo de los trabajos de esa noche.

Uno de los trabajos sé titulaba *el hombre volador*. La persona encargada de ejecutarlo *volaba* de trapecio en trapecio con una seguridad, destreza y rapidez maravillosas—He aquí un hombre, me decía en tanto que el artista vagaba por los aires, que no tiene nada que envidiar á los recaudadores que han *volado* con los fondos de la Contribucion Directa. He aquí un hombre, seguia pensando, que si hubiera sido Ministro en la época de don Pedro el grande, nos hubiese admirado mucho mas, por su destreza y agilidad de manos, que el experto financiero doctor don Andrés Lamas.

¿Y qué te diré del bambú japonés? Esta prueba de equilibrio me recordó las que efectuaba don Pedro Varela en las últimas horas de su orgiástica administracion. Mas feliz que don

Pedro fué el muchacho del circo—el muchacho no cayó del bambú en que trabajaba, mientras el otro se pegó un porrazo formidable. Ojalá que el golpe le sirva de leccion!

Hubo tambien una *gran entrada babilónica*; es decir, una música de campanillas y violines admirablemente ejecutada.

Durante este ejercicio musical, yo exclamaba para mis adentros—no lo harian mejor ni *El Ferro-Carril* ni *La Tribuna*, aunque la *música celestial* con que estos órganos festejan todos los actos del poder, vá acompañada con un bombo de primera fuerza. Los campanólogos del circo no lo tenian, y sin embargo, se condujeron á las mil maravillas.

Ah! si don Héctor Varela hubiese asistido á la funcion! Estoy seguro, amigo Juan, que maravillado por el buen desempeño de los violinistas, les hubiera regalado el bombo y los platillos de su uso, como un débil tributo de simpatía á los hermanos Amato.

Qué bien tocaron estos violinistas, y qué completos actores son! ¿Querrás creer (sino ha sido ilusion mia) que poco á poco fueron mostrando en sus rostros las facciones de los que escriben la parte política en los periódicos de la situacion? Este es el *summun* á que puede llegar un artista completo.

La conclusion de la fiesta campanológica y violinística terminó con una parodia del ferrocarril (no me refiero al periódico, á pesar de la coincidencia de nombres y similitudes); esto es, los Amato supieron imitar perfectamente la partida y marcha de un tren á vapor, con los ruidos que produce la máquina y los silbidos del pito.

El público rióse del *ferro-carril* de los Amato, parodia de una locomotiva verdadera, como se ríe de *El Ferro-Carril* de la calle de Mercedes, parodia tambien de un verdadero diario. ¿No he tenido razon para escribir entre paréntesis que hubo coincidencia de nombres y similitudes?

Y los *enanos gigantes*? Esta escena cómica representada por los señores Flora, murmuraba para mi coletito, plagiando una frase del diario *omni-gubernávoros*, no es otra cosa que una *pulla* irónica y sangrienta dedicada á muchos hombres públicos de nuestro país.

Figúrate que los *enanos gigantes* eran dos figuras de carton y lienzo que entraron pequeñísimas al circo, y fueron elevándose por grados hasta una altura gigantesca, volviendo despues á quedar como al principio, esto es, con dos cuartas de estatura.

—Así, pensaba yo, han sido y son tantos esta-

distas, diplomáticos, guerreros, ministros y diputados orientales! Así hacen su aparición en la vida pública, chiquillos como los enanos de esta escena; luego van *creciendo*. . . . en vanidad, é hinchándose como globos aerostáticos con el humo del incienso que les arrojan los amigos y los periodistas serviles. Pero todo no pasa de una ilusión óptica, todo no pasa de una mentira, como la farsa que presencio; á poco andar se descubre el fraude, y los grandes políticos, los gigantes guerreros, los colosales gobernantes, tornan á su estado primitivo, es decir, á su mediania, á su pequeñez de pigmeos.

—Con estas y otras reflexiones semejantes retiréme del circo, llegué á mi casa (ajena) metíme en mi cuarto, desnudéme, tomé una buena posición en la cama y. . . me dormí.

De repente escuché las voces de veinte ó treinta muchachos que gritaban—*Manifiesto del Gobernador Provisorio á dos vintenes—Se proroga el plazo para las inscripciones á dos vintenes—Habrá comicios en Noviembre á dos vintenes—Importantes noticias—Los batallones saldrán de la capital el día de la elección—Garantías que dá el Coronel Latorre, á dos vintenes—Nuevo programa de gobierno, á dos vintenes.*

Esto gritaban los muchachos. Al instante me tiré de la cama, en sueños por supuesto, llamé á uno de los vendedores, y le compré un boletín.

Efectivamente, el boletín llevaba este encabezamiento:—*Manifiesto del Gobernador Provisorio á sus conciudadanos.* Leí con avidez su contenido, que decía poco más ó menos (ahora no lo recuerdo muy bien) lo siguiente

En mi nueva carta te comunicaré lo que contenía el boletín *soñado*.

Cuando los sueños son agradables, amigo Juan, es muy hermoso hacerlos durar todo el tiempo que se pueda. Por eso pongo aquí punto final á la presente, á fin de que mi sueño dure siquiera hasta la próxima semana.

Hasta entonces, ilustrísimo *granjero*.

Timoteo.

COSAS DE NEGRO

Porqué se le ataca? pregunta *El Ferro-Carril* refiriéndose á don Agustín Susviela y á un periódico festivo dominguero, que, según parece, le ha dirigido pullas sangrientas é irónicas á mencionado señor.

Porqué se le ataca á don Agustín Susviela?... Tengan vds. la bondad de responder á *El Ferro-Carril*, apreciables lectores.

Nadie contesta? Pues entonces lo hará el diario callejero—Se le ataca, responde *El Ferro-Carril*, *se le hace blanco*. . . . de pullas irónicas y sangrientas por el crimen de ser uno de los buenos amigos del Coronel Latorre.

De lo cual se deduce:—1°. que al señor Susviela se le *hace blanco*. . . . 2°. que es un crimen ser buen amigo del Jefe del Estado.

Se ha portado *El Ferro-Carril!* . . .

Ignoramos en cual de los periódicos festivos domingueros se encuentran las pullas irónicas y sangrientas que se le han dirigido á don Agustín Susviela; pero suponemos que deben estar en alguno de los de la oposición, pues solo estos son los que pueden atacar de un modo sangriento é irónico á un buen amigo del Coronel Latorre.

Echense vds. á buscar, entre tantos, el periódico festivo dominguero que se burla de don Agustín Susviela! Será *La Ortiga?* Será? . . . Pero á qué tomarse el trabajo de andarlo buscando entre los muchos que se publican en esta leal y reconquistadora ciudad de San Felipe, cuando *El Ferro-Carril* no ha querido nombrarlo?

Sea el que sea, quedamos convenidos en que forma en las filas de la oposición, de esa oposición que tanto ha preocupado, preocupa y preocupará al redactor de *El Ferro-Carril*, á pesar de lo muy preocupado que le tienen las *Revistas burlonas de La Tribuna*.

Ah! no habíamos leído la continuación de suelto que dedica *El Ferro-Carril* á don Agustín Susviela y al periódico que le dirige irónicas y sangrientas pullas.

Si antes *supusimos* que el chistoso colega formaba en las filas de la oposición, ahora *afirmamos* (bajo la garantía de *El Ferro-Carril*) que es enemigo del Coronel Latorre. Así lo dice el diario vespertino en los términos siguientes:

«Casi, casi aseguramos que ahí está el *quid* (el ser el señor Susviela uno de los buenos amigos del Gobernador) para los que ya andan buscando con derrumbar la situación y clavar su enseña en la cúspide del Capitolio.»

A estar á lo que se dice, los que pretenden derrumbar la situación pertenecen al bando varelista.

Luego el festivo colega que ataca á don Agustín es varelista; luego su redactor ha sido uno de los afortunados mamones de la época de don Pedro.

Pues se sigue portando *El Ferro-Carril!*

¿Con qué hay quien sueña en derrumbar el actual orden de cosas y clavar su enseña en la cúspide del Capitolio?

Gran figura retórica! Pero también *lástima grande, que no sea verdad tanta belleza*, como escribió un lírico famoso.

Es claro—¿cómo se atreverá nadie á clavar su enseña en el Capitolio, cuando los gansos están despiertos? Si murieran los gansos! . . .

Y aquí no hay alusión personal á ningun situacionista (incluso *El Ferro-Carril*) Hablamos en sentido metafórico, lo mismo que nuestro ilustrado colega—Para mas detalles remitimos á nuestros lectores á la historia romana del tiempo de la república.

Pero, hablando con formalidad, es curiosa la defensa que hace *El Ferro-Carril*, sabiendo de antemano (son sus palabras) que don Agustín Susviela *no necesita de su defensa*.

Esta es una verdad mas grande que ese Capitolio donde sueñan clavar su estandarte los amigos de don Pedro (este es un nombre escrito á tun-tun) ó de don Juan de los Palotes.

Y decimos que esa es una gran verdad, atendiendo á que las defensas de *El Ferro-Carril* se parecen á la fábula de Iriarte, titulada *El Oso, la Mona y el Cerdo*, cuya conclusion dice así:

Quando me desaprobaba
La mora, llegué á dudar,
Mas ya que el cerdo me alaba
Muy mal debo de bailar.
Guarda para su regalo
Esta sentencia un autor:
Si el sábio no aprueba, malo,
Si el necio aplaude, peor

Y volvemos á protestar que hablamos con estilo figurado y sin alusión personal.

Después de lo consignado por *El Ferro-Carril* y de lo dicho por nosotros. . . buenas noches señor don Simon.

Charada

Octavo en remota edad
Por su mucha habilidad,
El navegante *dos tres*,
La misma celebridad
Que hoy el navegante inglés.

Si Colon á la *primera*
Nunca confiado se hubiera,
Jamás hubiese logrado
La gloria imperecedera
Que su nombre ha coronado.

Si la fecunda region
Donde reinó Faraon
Sin la *tercera* quedára,
Pronto el hambre terminára
Con toda su poblacion.

Y sin el *total* que fué
Por el hijo de José
Santamente soportado,
No hubiera al mundo alumbrado
La luz de cristiana fé

Junio 6

Un sanducero.

Solucion

DEL SALTO DE CABALLO DEL NÚMERO ANTERIOR

—Un verso á los ojos tiernos,
A Andrés le dijo Simon,
Y él gritó con precision:
—Tu mujer te pone cuernos.
—En verdad, no es verso, Andrés,
Dijo; y él repuso:—Yá! . . .
Ello. . . . verso. . . . no será,
Pero verdad sí que es.

La solucion nos ha sido remitida por *Un suscriptor F, S.* y otros varios señores.

El reo José Villeti, que asesinó violentamente á un vecino Catalá, de Nueva Palmira, ha sido condenado por el Juez del Crimen doctor Vilaza á la pena de dos años de servicio de las armas en uno de los cuerpos de línea del ejército.

Bravísimo! El defender á la patria, aun en la clase de soldado, que en otros pueblos es un honor insigne, aquí lo hacen los Jueces un castigo infamante! No hay duda que así conseguirá lustre, crédito y renombre el ejército nacional.

Que se repitan las sentencias, doctor Vilaza. De todos modos . . . ya Usía me habrá entendido.

Un caballero español nos ha pedido la insercion del artículo que vá en la primera página.

Aun cuando no estamos completamente conformes con algunos juicios que emite el articulista respecto de todas las obras de Echegaray, ni en cuanto al gran genio que se le atribuye, publicamos con placer el artículo de la referencia, reconociendo, además, que el nuevo y popular dramaturgo es uno de los autores contem-

poráneos que dejará mas hondas huellas de su paso por la escena dramática española.

Pensamientos y otras yerbas

—La mayor parte de los maridos estarian locamente enamorados de sus mujeres. . . . sino fueran sus mujeres.

—El vino de Burdeos es legía hecha con uvas.

—Eva tiene una gran disculpa en su pecado: ya vé vd.: no tenia madre.

—Voltaire fué el cauterio de su siglo.

—La noche es el secretario de la conciencia.

—Scribe es el genio de la vulgaridad.

Don Julio Roustan, aquel señor que apareció vestido de mula en nuestra *Mascarada* de 1876, y era empleado de Aduana antes de saber al poder don Pedro *el grande*, representante del pueblo durante la Presidencia del *incoacto*, y Oficial 1.º de la Jefatura Política de San José cuando la administracion del poético don Patricio Gomez, ha renunciado últimamente el empleo.

Que desgracia! . . . para el renunciador.

Ser guarda almacén, ó algo así; luego diputado, ó algo por el estilo; después Oficial 1.º. ó cosa semejante; y al fin *nada*, ó una verdad: en otros términos, de poco llegar á mucho, descender á poca y reducirse á *cero*, es de veras un muy triste destino.

Le damos nuestro pésame.

El aereonauta

FÁBULA

Rompe el Aereonauta
las ligaduras fuertes
que el ímpetu fogoso
del mongollier detienen,
y ciego de locura,
con él en los espacios vá á cernerse.

Al verse á cierta altura,
mas su osadía crece
y arroja temerario todo el lastre
y hasta los cielos escalar pretende.

¡Quimérica ilusion! A poco rato
¿sabeis lo que sucede?

Que el leve gas que daba vida al globo,
fugaz se desvanece,
y con frecuencia el hombre en su caída
halla segura muerte.

¿Verdad que el ambicioso
tambien al Aereonauta se parece?

Entrambos buscan siempre las alturas,
y entrambos elevándose se pierden.

F. J. Sala

El noticiero de *El Ferro-Carril* tiene una tarea pesada y fastidiosa—la de rectificar diariamente los errores en que incurre la redaccion política del diario callejero.

Casi no aparece número de *El Ferro-Carril* sin estas ó semejantes palabras en su *Boletín del día*:—Nos vemos obligados á corregir los siguientes errores que se deslizaron en nuestro articulo editorial de ayer. La correccion á última hora etc. etc.»

Esos errores, por lo general, mas que de correccion ó de caja, son de la pluma que borrona en *El Ferro-Carril*, de esa pluma que ha jurado una guerra tenaz al buen sentido, y á la lengua y gramática españolas.

Trabajo le mando al infeliz cronista!

Ni el mitológico Sísifo, condenado á llevar eternamente su piedra desde la base á la cúspide del monte, ni la casta Penélope, tejiendo y destejiendo su velo todos los días, tuvieron faena mas enojosa que la encomendada al noticiero de *El Ferro-Carril*.

Y, sin embargo, fácilmente se la podria evitar el propietario del periódico, rectificando la primera y principal de sus *erratas*; esto es, suprimiendo, como inútil, al que escribe en *idiomacion* la jerga política del órgano vespertino.

Si no se hace lo que indicamos, siempre estaremos en la misma—el cronista corrijiendo, y el redactor imitando al maestro andaluz que decía á sus discípulos:—Muchachos, *sordao se escribe con l*.

Cuento epigramático

Estando de una cruz al pié sentado
un andaluz, gran chusco, gran chancero,
en un hijo del Bétis caballero
pasa un fidalgo portugués finchado.

Mira á ley de cortés y bien eriado
al andaluz y quitase el sombrero;
éste, correspondiendo al forastero,
se quita la montera con agrado.

—Naon he vossé á quem fago á cortezia,
mais á essa cruz,—le dice el lusitano,
con bien inesperada altaneria;

y el andaluz responde:—Caye hermano,
pues tampoco yo á usted ze la jacía;
á eze potrico zí, que ez mi paizano.

T. de Iriarte.